

# La frontera de Navarra durante el reinado de Carlos II. La acción virreinal y el problema de la defensa

---

Nafarroako muga Karlos II.aren erregealdian. Erregeordeen jarduna eta defentsaren arazoa

---

The frontier of Navarre during the reign of Charles II. The viceroyalty action and the Defense problem

Antonio ESPINO LÓPEZ  
Catedrático de Historia Moderna  
Universidad Autónoma de Barcelona  
[Antonio.Espino@uab.cat](mailto:Antonio.Espino@uab.cat)

He podido realizar el presente trabajo merced a la ayuda recibida por parte del Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2014-57279-P: «Conflictos religiosos y conflictos político-bélicos en tierras de frontera. El caso de la nueva frontera catalana, 1635-1789».

Recepción del original:13/03/2018. Aceptación provisional: 02/05/2018. Aceptación definitiva: 09/05/2018.

## RESUMEN

En este trabajo nos hemos interesado por las reacciones de la Monarquía Hispánica ante las demandas defensivas elaboradas por los virreyes de Navarra durante el reinado de Carlos II basándonos en un análisis exhaustivo de la documentación depositada en el Archivo General de Simancas, que será contrastado con las aportaciones de la moderna historiografía. Las principales conclusiones serían que la Monarquía apenas si invirtió los caudales necesarios para la mejora de las fortificaciones de Pamplona, ni tampoco mantuvo adecuadamente las tropas que guardaban aquella frontera, una tarea que recayó, más bien, en los bolsillos de los propios navarros.

**Palabras clave:** Navarra; siglo XVII; virreyes; defensa; guerra.

## LABURPENA

Lan honetan, ardatz izan ditugu monarkia hispanikoak izandako erreakzioak, Nafarroako erregeordeek Karlos II.aren erregealdian egindako defentsa eskaeren aurrean. Horretarako, zehatz-mehatz aztertu dugu Simancasko Artxibategi Orokorreko dokumentazioa, eta hori historiografia modernoaren ekarpenekin alderatuko dugu. Ondorio nagusiak izanen lirateke monarkiak ez zuela Iruñeko gotorlekuak hobetzeko behar beste diru inbertitu, eta ez zituela behar bezala mantendu muga hura zaintzen zuten tropak. Horretarako dirua nafarrek jartzen zuten, beren poltsikoetatik.

**Gako hitzak:** Nafarroa; XVII. mendea; erregeordeak; defentsa; gerra.

## ABSTRACT

In this work we have been interested in the reactions of the Spanish Monarchy to the defensive demands elaborated by the viceroys of Navarre during the reign of Charles II on the basis of an exhaustive analysis of the documentation deposited in the Archivo General de Simancas and the modern historiography, which will be contrasted. The main conclusions would be that, while the kingdom might appear to be a favoured territory in some respects, the truth is that the Monarchy barely reversed the appropriate flows for the improvement of the Fortifications of Pamplona, nor did he adequately maintain the troops that kept that frontier, a task that fell, rather, on the economy of territory.

**Keywords:** Navarre; 17<sup>th</sup> Century; viceroys; defense; War.

1. INTRODUCCIÓN. 2. LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE CARLOS II. 3. LA GUERRA DE HOLANDA Y LA DE LUXEMBURGO, 1673-1684. 4. LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS, 1689-1697. 5. CONCLUSIONES. 6. LISTA DE REFERENCIAS.

## 1. INTRODUCCIÓN

Los territorios de la frontera pirenaica, desde el País Vasco hasta Cataluña, iban a padecer, sobre todo esta última, una gran presión por parte de Francia, tanto a nivel terrestre como marítimo, durante el reinado de Carlos II. Aunque en todos los conflictos que se sucedieron aquellos años (1667-1668, 1673-1678, 1683-1684, 1689-1697) siempre hubo un frente abierto en el principado catalán, no es menos cierto que se produjeron algunos movimientos de tropas –y muchos rumores– en las fronteras inmediatas de los demás territorios. Esa presión, como la hemos calificado, se iba a traducir en continuas demandas para la mejora o reconstrucción de las fortificaciones de los mismos por parte de los virreyes y/o gobernadores correspondientes, así como en la necesidad de poner a sus guarniciones en situación de acometer la misión encomendada, contando con hombres suficientes, bien armados, uniformados, pagados y mantenidos. Toda una quimera en vista de cómo se desarrollaron los acontecimientos. En este trabajo vamos a indagar acerca de las reacciones de la Monarquía Hispánica ante las demandas defensivas elaboradas por los diversos virreyes de Navarra basándonos en un análisis exhaustivo de la documentación depositada en el Archivo General de Simancas, que será contrastado con las aportaciones de la moderna historiografía.

Sin duda, desde la declaración de guerra de Francia a la Monarquía Hispánica en 1635, los servicios de tropas y demás necesidades bélicas para la Monarquía se incrementaron en Navarra. Rodrigo Rodríguez Garraza afirma que en 1637 el Reino aportaría para la guerra una leva de mil plazas, además de 220.000 reales y seiscientos bueyes para mover el bagaje de las tropas, si bien la Corona envió 940.000 reales para el mantenimiento de las fortificaciones y sus guarniciones en Vera, Maya y Burguete de febrero de 1637 a marzo de 1638.

Tras los servicios demandados en la década de 1640 para la guerra de Cataluña –dos tercios de mil plazas a inicios del conflicto catalán–, y todavía a inicios de la década de 1650 –un tercio de medio millar plazas pagadas por tres meses para la toma de Barcelona en 1652–, el Reino decidió sustituir el servicio de tropas por otro en dinero desde abril de 1654: 220.000 reales, además del gasto en cuarteles –un impuesto directo de origen medieval– y alcabalas, que con el tiempo, al considerarse el primer servicio, se quiso disminuir. No obstante, se sirvió en 1662 para la guerra de Portugal con un nuevo tercio de quinientas cuarenta plazas –con un coste de entre 275.000 y 330.000 reales– y con otros ocho años de prórroga en el mantenimiento de cuarteles y alcabalas –con un coste anual de 308.000 reales–. Además, en 1664-1665 se concedió un donativo voluntario de 1.100.000 reales, con un tercio de seiscientas plazas en 1677 y con su equivalente en dinero, 308.000 reales, en 1678. Así, entre 1662 y 1684, Navarra contribuyó con unos 5.500.000 reales a la Monarquía. A partir de 1684, el Reino ofreció un año de pago de cuarteles y alcabalas a lo que se habrían de añadir 440.000 reales para las fortificaciones de Pamplona y su castillo, además de levantar cuatro tercios para la defensa del propio Reino. Dichos servicios aumentaron los años sucesivos: se ofrecieron otros 308.000 reales en concepto de cuarteles y alcabalas a pagar siempre en tres años en 1688, 1695 y 1701, y, para fortificaciones, 374.000 reales a pagar en tres años en 1688 y 418.000 reales en 1692, también a pagar en tres años; otros 330.000 en 1695 a pagar en seis años y, por último, 660.000 reales en 1701 a pagar en cuatro años (Rodríguez, 2007, pp. 374-387). Es decir, se ofrecieron otros 1.738.000 reales a percibir por la Monarquía entre 1688 y 1700 que, añadidos a los 5.500.000 reales antes mencionados, incrementan dicha suma hasta alcanzar los 7.238.000 reales<sup>1</sup>.

En cuanto a las fortificaciones, señala Usunáriz Garayoa cómo J. B. Antonelli, merced a un informe de 1569, decidía la fortificación de Burguete y, sobre todo, de la propia Pamplona, cuyas obras, iniciadas en 1571, se dieron por acabadas oficialmente en 1646. Por otro lado, la guarnición de Navarra consistía en tres compañías de infantería, de entre doscientos y seiscientos hombres en el siglo XVI, que ya en el XVII se instalaron en Pamplona, desde donde se derivaban algunas fuerzas a proteger los puestos de la frontera. A ellos cabía sumar las guardas de Castilla, nunca más de trescientos cincuenta efectivos, que hacían acto de presencia en momentos defensivos delicados. También cabe contar con la llamada a defender Pamplona hecha a las milicias concejiles de La Rioja –que podían alcanzar varios miles de hombres en caso de invasión francesa–. Pero bien pronto hubo protestas por el escaso número de tropas permanentes y, sobre todo, por lo mal mantenidas que se hallaban: en septiembre de 1578 ya le escribía el regente del Consejo a Felipe II que la guarnición de Pamplona, que debía ser de trescientos hombres, se había visto reducida a apenas doscientos, los cuales «tan desventurados y tan flojos y mal aliñados que como si no los hubiese, porque están perdidos y muertos de hambre, que muchos dellos andan a pedir por Dios, que no tiene remedio». En 1604,

1 Para que podamos comparar, entre 1639 y 1665 el reino de Valencia aportó a la Monarquía 6.550.570 reales de plata. Y los envíos de tropas a Cataluña durante el reinado de Carlos II se llevaron entre 4.500.000 y 6.000.000 de reales de plata (Espino, 2007, pp. 29-34). Para Encarna Jarque y José Antonio Salas, entre 1658 y 1684 el valor de las contribuciones aragonesas a la Monarquía montaron 1.233.800 libras aragonesas (Jarque y Salas, 2004, pp. 702-705).

y de nuevo en 1607 y 1611, pues nada se había solucionado, las quejas señalaban que de los seiscientos hombres que debía haber de guarnición en Pamplona, pues esta se había doblado teóricamente, la mitad habían muerto o habían desaparecido a causa de los rigores del hambre y del clima y de la falta de acomodo en la ciudadela. En todo caso, solo el coste de la infantería que vigilaba Navarra –sin las compañías de las Guardas de Castilla y lo que se invirtiese en las fortificaciones– alcanzaba los 653.125 reales anuales a fines del siglo XVI (Usunáriz, 2007, pp. 285-325).

## 2. LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE CARLOS II

Los años de transición entre los reinados de Felipe IV y Carlos II iban a encontrar la frontera navarra en una situación de indefensión total según las apreciaciones del duque de San Germán, virrey del territorio aquellos años (1664-1667). En 1663, la Monarquía firmó con José de Aguerri un asiento para los presidios catalanes y para Navarra, donde se comprometía al envío de 360.000 reales anualmente; 240.000 reales en dinero y los 120.000 restantes en forma de raciones de pan de munición –seiscientas diarias; en Cataluña, para poder comparar, debía servir cinco mil al día–. Tras la muerte de Felipe IV en septiembre de 1665, apenas dos meses más tarde el virrey San Germán ya había efectuado un recorrido por la frontera de su jurisdicción, que como sabemos también incluía los presidios guipuzcoanos, anotando sus enormes dificultades defensivas. En los presidios de Fuenterrabía y San Sebastián se precisaba medio millón de reales para sus obras más precisas, mientras que en Pamplona, donde eran numerosas las intervenciones por finiquitar, se deberían emplear como mínimo 300.000 reales más<sup>2</sup>. Pero era necesario renovar la artillería, pertrechos, municiones y guarniciones de todas ellas, y añadía una cantinela que sería repetida hasta la saciedad aquellos años:

es cosa lastimosa el ver como se hallan las plazas, la poca gente que hay que en todas les falta un todo, que para fortificarlas y prevenirles lo necesario se necesita de tiempo que estando tan desprevenidas las murallas de por si no se defienden y la defensa la hacen los soldados con municiones y bien sustentados,

y acusaba al asentista Ventura Donis de no haber cumplido con su asiento<sup>3</sup>. También eran necesarios 6.000 reales para comprar y reponer municiones. Aseguraba que los franceses tenían cinco mil infantes y un millar de efectivos de caballería en aquellas fronteras con el pretexto de las gabelas impuestas en sus tierras, pero que bien podrían ser utilizados para otros menesteres. Además, se estaban rearmando con cuatro mil pi-

2 Oficialmente, en 1571 se inició la construcción de la ciudadela de Pamplona, de planta pentagonal, e inspirada en la de Amberes, según diseño de G. Palearo, il Fratin. Posteriormente se derribaron las murallas medievales y se inició la construcción de las nuevas, que incluirían siete baluartes, un medio baluarte, cinco revellines y un fuerte, todo ello hasta 1675. Diez años más tarde se concluyeron cinco revellines para perfeccionar las defensas de los bastiones de la ciudadela. (Martinena, 2011, pp. 11-17).

3 Ventura Donis adelantó dinero, pan de munición y otros bastimentos para los ejércitos de la Monarquía entre 1650 y 1674; más tarde pasaría el negocio a manos de Ambrosio Donis, quien proveería diversas cantidades en vellón entre 1675 y 1688 (Sanz, 1989, pp. 491, 545).

cas y otros tantos mosquetes –arribados a Bayona aquellas semanas–. El problema era muy grave a su juicio porque en Navarra, para una dotación de un millar de plazas la Monarquía apenas desplegaba 155 hombres<sup>4</sup>. Por otro lado, las quejas sobre el asentista Donis parecían tener fundamento, pues de los 360.000 reales de vellón apalabrados, en Pamplona apenas si se habían visto 80.000<sup>5</sup>.

Tras leer las últimas cartas del virrey San Germán con las noticias acerca de la llegada de armamento a Bayona y rumores de concierto entre Inglaterra y Francia, el Consejo de Guerra comentaría con Mariana de Austria que no hacía falta sorprenderse constantemente sobre las amenazas francesas, puesto que irían tomando sus decisiones y cuando estuviesen preparados lanzarían su o sus ataques cuando y donde creyesen oportuno, es decir en cualquiera de las fronteras hispanas, pues todas ellas se encontraban sin excepción en un estado calamitoso. En el caso que nos ocupa, desde 1663 se estaba advirtiendo de sus deficiencias defensivas, una circunstancia que solo con tiempo y dinero se podía subsanar, pero «el tiempo se pasa y no es recuperable, que el dinero no se provee y para aprovechar es menester que vaya en tiempo». Para entonces, enero de 1666, la Monarquía había resuelto reducir a 300.000 reales de vellón la consignación del asentista Donis para la frontera navarra, cuando el Consejo de Guerra se atrevió a señalar en nueva consulta que «de dar órdenes a obedecerlas [h]ay la [misma] distancia que del ser al no ser, y que conviene que al mandato siga inmediatamente la ejecución», algo que nunca se produciría durante los años del reinado de Carlos II<sup>6</sup>.

Todavía en febrero de 1666 volvería a la carga el duque de San Germán con sus reclamaciones, cuando ponderó la inutilidad de fiar la defensa de los territorios a las milicias<sup>7</sup> de los mismos, con gentes poco hechas al manejo de las armas, que, por cierto, tampoco abundaban en manos de los particulares, y a sostenerse en la guerra sin perder la vista al contrario. El problema básico era la falta de medios de guerra en la fortificaciones –no los había para quince días de combates–, así como de tropas de guarnición, verdaderos profesionales de las armas, que escaseaban, todo ello sin contar con que las defensas estaban por terminarse. De hecho, el Consejo de Guerra respondería cómo las fortificaciones de Navarra tenían consignados 49.500 reales de las rentas reales en el Reino, pero de dicha cantidad, tras conceder la Monarquía tantas mercedes a su costa, apenas si quedaban libres para las mejoras y mantenimiento de las defensas 26.532 reales al año. De hecho, parece que San Germán se conformaba con aplicar 13.200 reales

4 La guarnición de Navarra, que tenía fijados desde la Reformación de 1633 setecientos cincuenta soldados con seis plazas de oficiales, cirujano y vicario, vio incrementada dicha cantidad con cien infantes más y ocho artilleros (que debía pagar el Reino), si bien también debían retribuirse seis alféreces reformados, seis sargentos, cuatro capitanes reformados, y cuarenta plazas de artilleros, además de escribano, maestro armero, carpintero, y un caporal. Al respecto, el recordatorio que aparece en Archivo General de Simancas (AGS), Guerra Antigua (GA), leg. 3100, consulta del Consejo de Guerra (CG), 20/05/1699.

5 AGS, GA, leg. 2031, consulta de la Junta de Presidios de Campaña (JPC), 03/12/1663. AGS, GA, leg. 2086, consulta del CG, 23/11/1665. AGS, GA, leg. 2085, San Germán al secretario del CG, 07/01/1666.

6 AGS, GA, leg. 2085, consultas del CG, 8-15/01/1666.

7 Sobre las milicias hispánicas de la época de los Austrias, Ruiz (2009).

anuales para los reparos urgentes y avanzar algo más en la construcción. Y en 1669 se insistió en gastar al menos 26.675 reales<sup>8</sup>.

En 1667, el cambio de asentista –Ventura Donis fue sustituido por Sebastián de Oleaga<sup>9</sup>– no significó una mejora apreciable, sobre todo en lo que hacía referencia al cobro de atrasos, pero sí libró 252.400 reales de los 360.000 apalabrados para 1666 –lo hizo a la altura de abril de 1667–. De todas formas, merced a un papel anónimo enviado a la Junta de Presidios, sabemos que las tropas de guarnición en Pamplona, tres compañías con un total de doscientos efectivos, hacía cuatro años que no cobraban casi nada –apenas cinco pagas en tres años para los soldados, cuando sí habían cobrado los virreyes y la alta oficialidad–. Así las cosas, no era de extrañar que aquellos sirviesen «descalzos y sin espadas ni camisa y por la mucha necesidad inquietan a los vecinos con algunos [h]urtos y sustentándose de almoínas en las porterías de los conventos y casas particulares por no acurdirseles con el pan de munición [...]»<sup>10</sup>.

Y una vez más, las noticias sobre un posible rompimiento entre Francia e Inglaterra –una armada de 118 velas en La Rochelle fue el detonante– se intercambiaban con la ruptura, efectiva, con la Monarquía Hispánica, posible destinataria final de dicha armada gala, y con noticias que parecían fidedignas del envío de seis mil franceses en ayuda de los portugueses para finalizar aquella guerra. El duque de San Germán estaba convencido de un ataque francés a los puertos de Guipúzcoa, de ahí que desde Navarra se enviaran al País Vasco doscientos hombres y ciento cincuenta de La Rioja para renovar aquellas guarniciones, mientras una cantidad similar de guipuzcoanos y vizcaínos se destinarían a otros lugares, presumiblemente la Armada<sup>11</sup>.

Otro testimonio, el de don Diego Caballero, sustituto de San Germán en el virreinato navarro (1667-1671), quien escribía en julio de 1668, reiteraba las impresiones de miseria de las tropas en el presidio de Pamplona: «me quiebra el corazón su desnudez y que perece de hambre a manos de la suma necesidad con tanto extremo que obliga a lo que no he visto en ninguno de los ejércitos, pues como si fueran mendigantes y no soldados se valen de la sopa de los conventos [...]». Con razón, el Consejo de Guerra comentaría tras leer la carta de Caballero la imposibilidad de exigirse a los hombres encerrados en un presidio que estuviesen dispuestos a morir de hambre en el mismo, quedando la estimación de la milicia por los suelos, ya que solo se veían soldados descalzos, desnudos y muertos de hambre. También escribiría don Diego en 1669 ponderando las urgencias para mejorar las murallas de Pamplona y su castillo –en concreto, levantar los terraplenes de las dos murallas, el foso, estrada cubierta del castillo y todas las fortificaciones exteriores–, además de enviar un tercio de los reformados

8 AGS, GA, leg. 2085, San Germán a Mariana de Austria, 11/02/1666 y consultas del CG, 5-22/02/1666. AGS, GA, leg. 2195, consulta del CG, 18/07/1669.

9 Para Navarra, Oleaga prestó 390.000 reales de plata y 16.794.890 de vellón en 1668. Estuvo en activo entre 1664 y 1678, adelantando dinero para el ejército de Cataluña tanto en 1667-1668 como en 1675-1678. (Sanz, 1989, p. 540)

10 AGS, GA, leg. 2159, San Germán, al secretario del CG, 16/06/1667; JPC a Mariana de Austria, 25/05/1667.

11 AGS, GA, leg. 2136, consulta del CG, 26/08/1667.

del ejército de Extremadura y parte de la caballería alojada en Castilla como refuerzo para aquella guarnición<sup>12</sup>.

Refrendos como el mencionado no consiguieron conmover apenas al Consejo de Guerra,<sup>13</sup> sínodo en el que se habló, no obstante, del aumento de la consignación de los presidios navarros de 360.000 reales de plata a 420.000 o 480.000<sup>14</sup>. Todo quedó en nada. En 1673, por ejemplo, el Consejo de Guerra señalaba cómo en noviembre de 1672 había cumplido el último asiento, y «no se había hallado hombre de negocios que quisiera entrar en él», de modo que del caudal recién arribado de Indias se reclamaron 140.000 reales de plata para las fortificaciones navarras –aunque en mayo de 1673 un informe del maestre de campo e ingeniero mayor del ejército de Cataluña, J. Rinaldi, llegaba a la conclusión de necesitarse 696.130 reales de plata<sup>15</sup>. También se solicitaron doscientos o trescientos milites para Pamplona, cuando en aquel momento solo quedaban en su castillo y en otros servicios de guarnición doscientos veinticinco efectivos, de los cuales estaban enfermos o eran menores de edad cincuenta y dos. Asimismo, era urgente proveer 5.000 quintales de pólvora para las plazas cántabras, vascas y navarras, así como el envío de artilleros. El Consejo de Guerra reflexionaba al respecto a fines de mayo de 1673:

Que la falta de artilleros que [h]ay en Pamplona es general en todas las plazas de España por no haber quien se incline a esta profesión por lo mal asistida que ha estado muchos años a y no guardárseles las preeminencias que les están concedidas en conocimiento de lo necesario que son [...] <sup>16</sup>.

Por cierto que el parque artillero navarro constaba de dieciocho piezas de bronce (junto con otras cincuenta y cinco de menor calibre) y una cuarentena de hierro. Además, en la armería se hallaban 2.600 arcabuces, 2.440 mosquetes y 934 picas, entre otras armas<sup>17</sup>. Estas últimas cifras, de 1668, contrastan con las mencionadas por el príncipe de Parma, nuevo virrey de Navarra (1671-1676), en 1673, quien aseguraba disponer de apenas 1.600 armas de fuego en existencia, cuando deberían ser 4.000<sup>18</sup>.

12 AGS, GA, leg. 2164, consulta del CG, 23/07/1668, que incluía carta de Caballero. AGS, Estado, leg. 2688, don Diego Caballero a Pedro Fernández del Campo, Pamplona, 17/01/1669 y consulta del Consejo de Estado (CE), 04/06/1669.

13 En el Consejo de Estado se insistió en proveer trigo de reserva en la plaza de Pamplona por valor de 88.000 reales, como había manifestado el de Guerra, y si bien Francia había señalado que no habría guerra por ninguna frontera aquel año, nadie podía fiarse ya de las afirmaciones de los franceses, de modo que el virrey de Navarra hacía bien en no bajar la guardia. AGS, Estado, leg. 2688, consulta del CE, 07/04/1669.

14 AGS, GA, leg. 2195, consulta del CG, 18/09/1669. AGS, GA, leg. 2220, consulta del CG, 17/01/1670. AGS, GA, leg. 2245, consulta del CG, 16/04/1671. AGS, GA, leg. 2247, consulta del CG, 16/09/1671.

15 En 1673 los presidios de Guipúzcoa recibieron 14.354.618 maravedíes. La obligación del asentista Ambrosio Donis era de 550.000 reales de vellón, aunque solo remitió 409.538 de dicha cantidad. AGS, GA, leg. 2321, JPC a Mariana de Austria, 15/02/1674.

16 AGS, GA, leg. 2285, consultas del CG, 11-28/04/1673 y 7-29/05/1673.

17 AGS, GA, leg. 2163, consulta del CG, 9/04/1668.

18 De hecho, en 1673 se hizo un pedido de 500 mosquetes, 835 arcabuces y 838 picas para Navarra. AGS, GA, leg. 2285, consultas del CG, 6-15/02/1673. Por otro lado, en 1670 se encargó la fabricación en Navarra de 500 quintales de cuerda por valor de 40.000 reales de plata. AGS, GA, leg. 2219, consulta del CG, 29/03/1670.



Además, quería disponer de dos mil hombres de guarnición y 8.000 quintales de pólvora para la defensa de Pamplona, si bien la artillería estaba desmontada. El Consejo de Estado señaló en su descargo cómo se habían ido proveyendo hasta 439.700 reales aquellos años para los arreglos de las defensas de la ciudadela, pero los asentistas no habían cumplido, y solicitó el envío de una recluta de, al menos, trescientos hombres con destino a la capital de Navarra. Al menos se obtuvo, de nuevas cartas del príncipe de Parma y de las consiguientes consultas del de Estado, la siguiente respuesta real: «Me ha causado gran reparo el que los presidios de Navarra no hayan recibido paga en trece meses [...]»<sup>19</sup>. Esa era la realidad.

### 3. LA GUERRA DE HOLANDA Y LA DE LUXEMBURGO, 1673-1684

Con el inicio de la guerra de Holanda en 1673, cubrir lo antes posible las desprevenciones de las plazas vasco-navarras fue algo perentorio. Pero la reacción de la Monarquía fue muy lenta. Por ejemplo, apenas se le prometieron 240.000 reales de plata al príncipe de Parma en 1674<sup>20</sup>. De hecho, en un informe de marzo de 1675 se repasaban las promesas económicas realizadas por la Monarquía en el caso de las defensas de Navarra: en octubre de 1669 se resolvió enviar 80.000 reales de plata para la compra de grano y dejarlo de reserva en Pamplona; en junio de 1673 se decidió remitir 200.000 reales de plata para la mejora de las fortificaciones de Pamplona; el 11 de septiembre de 1673 el envío de 18.520 reales para la compra de armas de fuego y otros 20.450 para la adquisición de pertrechos de guerra; el 9 de octubre de 1673 fueron 4.000 reales los designados para el arreglo de la artillería y otros 8.000 para el aderezo de la pólvora; asimismo, en abril de 1673 se dio orden de levantar trescientos hombres en La Rioja para servir en Pamplona, proveyendo 110.000 reales para dicho reclutamiento. El Consejo de Guerra aseguró con rotundidad que «no habiéndose ejecutado nada de lo referido», y Carlos II solicitó, como hemos señalado, en 1674 al Consejo de Hacienda el envío de 240.000 reales de plata para Navarra. En mayo de 1675 el Consejo de Estado demandó el envío de 32.000 reales para gastos urgentes y con fecha del 15 de julio se prometieron de nuevo, desde el Consejo de Guerra, 110.000 reales para la leva de los trescientos riojanos<sup>21</sup>. En realidad, no se había conseguido, por ejemplo, que se pagasen en 1675 las tres mesadas debidas a las tropas de la consignación de 1674<sup>22</sup>.

Promesas incumplidas una vez más. Para verano de 1676 a Navarra apenas se habían enviado 64.000 reales de los 200.000 prometidos al príncipe de Parma, ahora destinado al virreinato catalán, para mantener las tropas y proseguir las obras en Pamplona. El resultado era la huida masiva de aquellas y la paralización de estas<sup>23</sup>.

19 AGS, Estado, leg. 2695, consulta del CE, 24/05/1673. AGS, Estado, leg. 2697, consultas del CE, 20/09/1673, 25/10/1673 y 22-26/11/1673.

20 AGS, GA, leg. 2301, consultas del CG, 30/04/1674 y 18-23/05/1674.

21 AGS, GA, leg. 2323, consulta del CG, 11/03/1675. AGS, Estado, leg. 2700, consulta del CE, 16/05/1675. AGS, GA, leg. 2324, consulta del CG, 15/07/1675.

22 AGS, GA, leg. 2323, consulta del CG, 02/02/1675.

23 AGS, ga, leg. 2346, dos consultas del CG, 07/08/1676.

Y en 1677 la situación poco o nada había cambiado. El nuevo virrey, conde de Fuensalida (1676-1681), se quejaba de una asignación de 120.000 reales anuales, a percibir en cuatro pagas, cuando su presupuesto era de 360.000, y además hacía catorce meses que no se les devengaba nada a sus hombres. Por ello, solo confiaba en que las Cortes de Navarra votasen un servicio de un centenar de hombres –si bien al final votaron servir con un tercio de seiscientas plazas– y, con el apoyo de 30.000 reales previstos, poderse reclutar algunas tropas para poner la dotación de Pamplona en su número de medio millar de plazas<sup>24</sup>. Pero sus cuitas no terminaron aquí: se acababan de caer casi cien varas de lienzo de muralla y otras tantas estaban en peligro de ruina, y si no se disponía con toda la urgencia del mundo de 55.000 o 66.000 reales para su arreglo, toda una sección de las mismas estaba en riesgo de arruinarse. Todavía en octubre buscaba Fuensalida dinero en la propia Navarra para aquellos reparos<sup>25</sup>.

En enero de 1678, último año de la guerra, la Junta de Presidios intentó hacer un (lamentable) balance de la situación de los mismos; sus conclusiones no pueden sorprender: la desprevenición era general en los presidios, en especial los de África, Aragón, Guipúzcoa, Navarra, Gibraltar... Siempre se podía recelar que ocurriese algún incidente en ellos por su deficiente gestión de tantos años, cuando se les había estado enviando una muy reducida cantidad de sus consignaciones originales por medio de don Clemente Merino, el proveedor general de los mismos, quien «ha proveído muy poca proporción de la que a cada uno toca y no se le puede obligar a que lo haga porque ha justificado que aún de esto no se le ha dado satisfacción por la presidencia de Hacienda»; en vista de tales circunstancias, era normal que los gobernadores protestasen y el hambre y el desconsuelo llevasen a los soldados a la huida<sup>26</sup>. La respuesta de la Monarquía consistió en firmar un nuevo asiento con Ventura Donis, que de poco sirvió, pues tampoco remitió los 128.000 reales asignados para Navarra en 1679. Y a lo largo de 1680 se prometió el envío, en diversas partidas, de hasta 256.000 reales, pero apenas si se remitieron 96.000<sup>27</sup>.

También en 1679 el conde de Fuensalida se interesó por el estado de la guarnición de Pamplona, donde quedaban 275 plazas y otras trescientas en su castillo, cuando por la reformatión de 1633 debía haber un millar de plazas. Tampoco era buena la situación, para comparar, en San Sebastián, donde halló 181 plazas, y en Fuenterrabía, que contaba con

24 El Consejo de Guerra comentó el «miserable estado a que se halla reducido el presidio de Pamplona por haber más de tres años que no se ha ajustado asiento y haber sido asistido con muy cortos socorros obligando esto a que la gente de levas que se levantó en la Rioja a mucha costa de la Real Hacienda se deshiciese dejando aquel presidio con tan corta guarnición que casi no había para entrar las guardias [...]». AGS, GA, leg. 2376, consulta del CG, 22/09/1677.

25 AGS, GA, leg. 2399, conde de Fuensalida a Carlos II, 15-22/04/1677. AGS, GA, leg. 2377, consultas del CG, 5-14/05/1677 y 11/10/1677.

26 AGS, GA, leg. 2409, consulta del CG, 10/01/1678; consultas de la JPC, 11-17/01/1678. En aquellos días, el conde de Fuensalida aseguraba que en catorce meses la gente del presidio de Navarra solo había recibido el equivalente a cuatro meses de pagos, y llevaban seis seguidos sin cobrar nada... AGS, GA, leg. 2406, consulta del CG, 17/02/1678.

27 AGS, Estado, leg. 4129, consulta del CE, 24/12/1679. AGS, GA, leg. 2477, consultas del CG, 26/04/1680 y 09/05/1680. AGS, GA, leg. 2478, consultas del CG, 12-19/06/1680; consultas del CG, 8-29/07/1680. AGS, GA, leg. 2510, consulta del CG, 5/01/1681.

298 plazas; es decir, 479 plazas en total, cuando debía haber mil quinientos hombres. En Navarra se deberían reformar varias plazas, como las veinticinco que había de artilleros, los cuales no saben su oficio, y en Guipúzcoa también se debería reducir su número<sup>28</sup>. Lo poco que hizo el Consejo de Guerra para presionar al monarca aquellos meses fue manifestar que de no enviarse medios de guerra, y teniendo en cuenta la ambición francesa, las plazas de Navarra y Guipúzcoa quedarían «a la discreción del enemigo»<sup>29</sup>.

Por otro lado, en 1681 y 1682, ante el riesgo de una nueva guerra con Francia, que había invadido Luxemburgo, desde Navarra se reclamó una vez más material de guerra de manera urgente, pues se trataba de unos pedidos no cursados que databan de 1677, nada menos. En concreto, había de montarse toda la artillería del Reino (106 piezas) por un valor de 173.840 reales de plata. Además, se encargaron 1.500 mosquetes, 2.000 arcabuces, 300 pares de pistolas y 1.500 picas, además de un millar de morriones, medio millar de borgoñotas y otras tantas defensas corporales, así como 5.000 granadas, 7.500 balas o 6.000 herramientas de gastadores. Todo ello por un valor 651.160 reales de plata y 20.000 reales de vellón para las conducciones desde las fábricas. De hecho, en enero de 1681 el virrey envió un informe mucho más completo donde se especificaban las necesidades más urgentes de aquellas plazas. Por ejemplo, había 419 soldados presentes, pero se necesitarían tres mil en caso de asedio, así como dieciséis artilleros (para servir 96 piezas y no las 106 aparecidas en otro informe), cuando serían necesarios otros cincuenta y dos<sup>30</sup>.

En el transcurso de 1681 y 1682, el nuevo virrey de Navarra, don Íñigo de Velandia (1681-1684), consiguió la llegada de algunos refuerzos de tropas y dinero: a la propia Navarra arribó un escuadrón de caballería con 532 plazas, aunque con 135 desmontados y cerca de 40 caballos sin dueño asignado o inútiles. También Velandia quiso que un ingeniero reconociese aquella frontera y propusiese, o mejorase, algunos puestos para frenar una posible invasión francesa<sup>31</sup>. Los ruegos del virrey para que se reconociesen las defensas de Pamplona tuvieron éxito, ya que en mayo de 1682 firmaba un informe al respecto el ingeniero don Francisco Domingo y Cueva. Según su parecer, en el castillo faltaba terminar de terraplenar algunas secciones de sus cortinas y parapetos; asimismo, las casamatas de los baluartes no estaban habilitadas para contener un cañón a cubierto del enemigo que permitiese batir las caras y flancos de los mismos; por otro lado, debería hacerse una explanada de losas en el castillo para jugar desde allí con la artillería, cuyas cureñas se destrozarían de lo contrario, además de tener los cañones a cubierto en el centro de cada baluarte para protegerlos de la intemperie y evitar la podredumbre de las cureñas. Habría que excavar de hecho todo el foso del castillo, pues

28 AGS, GA, leg. 2445, consulta del CG, 14/04/1679.

29 AGS, GA, leg. 2478, consulta del CG, 13/08/1680. A fines de 1681 todavía se rogaba por la remesa de 400 hombres y 128.000 reales de plata a Navarra. AGS, GA, leg. 2512, consultas del CG, 21-31/12/1681.

30 AGS, GA, leg. 2510, consultas del CG, 25/01/1681 y 14/08/1681. AGS, GA, leg. 2509, «Relación del número de soldados incluso los reformados que hay en los presidios de Fuenterrabía, San Sebastián, Pamplona y su castillo», 06/05/1681.

31 AGS, GA, consulta del CG, 25/01/1681. AGS, GA, leg. 2512, consultas del CG, 21-31/12/1681. AGS, GA, leg. 2544, consultas del CG, 13/03/1682 y 20/04/1682; «Relación de la muestra que se ha pasado a la caballería en el castillo de Pamplona en 24 de febrero de 1682».

estaba lleno de tierra y con ganado circulando a la vista del ingeniero; la tierra extraída se podría reutilizar para la estrada cubierta. De las cinco medias lunas que cubrían otras tantas cortinas, solo una estaba terminada –«encamisada»–, es decir, recubierta con piedra. Lo mismo ocurría con toda la estrada cubierta del perímetro del castillo, y, asimismo, faltaba «acabar la explanada de tierra con declivio (sic) a la campaña» que permitía descubrirla desde los muros del castillo. En cuanto a los muros que cubrían la ciudad, en todos ellos no existían parapetos, que deberían abrirse en los baluartes y en las cortinas, mientras que faltaba por terminar el foso, y encamisar la contraescarpa y la estrada cubierta, así como las medias lunas. Tales tareas se presupuestaron en 559.900 reales de plata, que no solo no se enviaron, sino tampoco más dinero para mantener las tropas de guarnición. En 1683, un apurado virrey Velandia aseguraba haber vendido su hacienda para poder empeñarse un poco más y dar de comer a sus hombres<sup>32</sup>.

También en 1683 se encargó al ingeniero Octaviano Meni una revisión de las obras a realizar en Pamplona, concluyendo que se podrían pagar a razón de 100.000 reales al año. Meni ofreció un panorama, si no desolador, sí poco optimista de las defensas de la capital navarra: aseguraba «no haber visto cosa en todo este recinto que se pueda decir perfeccionada como debiera ser para su buena defensa [...] por ser muy largas y flacas las defensas que tiene». Estaban sin terminar los terraplenes, fosos y contraescarpas, y con glacis tan mal diseñados que no podían ser cubiertos desde las baterías de la plaza. Meni distinguió todos los posibles ataques que podría recibir la plaza de Pamplona y planificó la construcción de dos fuertes para reforzar las posiciones a su juicio más débiles. Lo acertado de la medida se pudo comprobar cuando en 1726 el gran ingeniero Próspero Verboom decidió construir esos dos fuertes en los mismos parajes, si bien con diseño de planta distinto y funciones diferentes (Echarri, 2011, pp. 64-65). Mientras, el virrey pudo librar en octubre de 1683 30.000 reales para el pago del pan de munición que había repartido entre sus hombres, si bien el asentista debía percibir otros 54.000 reales adeudados para que en el futuro siguiese proveyendo algunas cantidades<sup>33</sup>.

La guerra de Luxemburgo (1683-1684) se dejaría notar en el País Vasco merced al duelo artillero sostenido entre Fuenterrabía y Hendaya<sup>34</sup> entre el 16 de enero y el 12 de marzo de 1684. Por Aragón no hubo movimientos de tropas significativos, mientras que por Cataluña la plaza de Gerona fue sitiada sin éxito por el mariscal Bellefonds en mayo de 1684, si bien ocupó Cadaqués en junio y devastó la Cerdaña y el Ampurdán el resto de la campaña<sup>35</sup>.

32 AGS, Estado, leg. 4132, consultas del CE, 5-16/03/1683 y 17/05/1683. AGS, GA, leg. 2583, consultas del CG, 19/04/1683, 11-13/08/1683 y 01/10/1683. AGS, GA, leg. 2581, consulta del CG, 03/11/1683.

33 AGS, GA, leg. 2581, consulta del CG, 03/09/1683.

34 Sobre incidentes fronterizos (González, 1995, pp. 235-247). Los franceses construyeron en Hendaya un fuerte con capacidad para diez piezas artilleras en 1681-1682 para poder batir Fuenterrabía.

35 Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón (CA), leg. 336, «Relación del feliz suceso de las Reales Armas sobre el sitio de la ciudad de Gerona el día 24 de mayo de 1684». AGS, GA, libro 385, «Relación de los oficiales y soldados presentes en el sitio de 1684 de Gerona [...]». AGS, GA, leg. 2644, virrey de Cataluña, duque de Bournonville, a López de Zárate, secretario del CG, 08/06/1684. ACA, CA, leg. 336, consulta del CA, 14/06/1684. AGS, GA, leg. 2610, consulta del CG, 09/08/1684.

A pesar de que la amenaza de una continuación de la guerra contra Francia se difuminó un tanto antes de la llegada de otoño de 1684, todavía se hicieron planes para mejorar las defensas de Pamplona, donde se deberían enviar seis artillerías de bronce fundidas en Sevilla que se hallaban en Santander –su coste era de 110.000 reales, pero solo llegaron 27.000 para esta operación–. Por su parte, el reino de Navarra estaba dispuesto a emplear un donativo de 264.000 reales de plata en la mejora de las cuatro medias lunas de la fortificación principal, cuando el Consejo de Guerra recordaba al monarca que se debían perfeccionar, igualmente, las estradas cubiertas, así como las escarpas y contraescarpas de toda la fortificación. Con todo, como para aliviar algo la situación, se informó que hasta medio millar de hombres trabajaban en las murallas de Pamplona incluso en diciembre, seguramente a costa de las pagas de las tropas de guarnición, quienes solo percibieron una en los últimos tres meses<sup>36</sup>.

Como era habitual, 1685 transcurrió con muchas promesas de envío de medios de guerra y firma de asientos: en agosto ante las múltiples solicitudes que llegaban de la frontera vasco-navarra, el monarca se congratulaba de los asientos firmados que, hasta entonces, eran el de dinero con José de Aguerri<sup>37</sup> –un millón de reales para Navarra y Guipúzcoa– y el del marqués de Olivares (Ambrosio Donis) para el pan de munición de aquellas plazas, donde se enviarían 32.000 reales a Pamplona y otros tantos a Guipúzcoa para diversos gastos. Pero en enero de 1686 ya había dificultades con el asiento de granos para los presidios de Guipúzcoa –¿la renovación?–; justo entonces se informó del asiento firmado por Ambrosio Donis en noviembre de 1682, un asiento por valor de 550.000 reales de plata, de los que Carlos II aún debía 375.000 reales. Es más, los 96.000 reales prometidos para la plaza de San Sebastián en julio de 1684 jamás llegaron. Tampoco las promesas hechas para la guarnición de Pamplona: se prometieron 111.153 reales de plata en 1684 y en 1685 otros 26.688 y 10.000 de vellón para la compra de artillería, balas, municiones. Y en Fuenterrabía las tropas no cobraban con regularidad desde la primavera de 1684, ni había bastimentos adecuados<sup>38</sup>.

Pero los problemas económicos continuaron los años de virreinato del duque de Bournonville (1686-1691). Don José de Aguerri, asentista de los presidios de Navarra y Guipúzcoa, tenía un descubierto de 990.000 reales, aunque terminó por enviar 300.000 reales a Navarra justo antes de verano de 1687, y la Monarquía encargó informes sobre la carga económica real de las guarniciones de aquella frontera. En Pamplona, en enero de 1687, servían el tercio de don Diego de Salmas con 306 hombres, pero también

36 AGS, GA, leg. 2611, consultas del CG, 17/07/1684 y 15-18/09/1684. AGS, GA, leg. 2609, consultas del CG, 22/09/1684 y 19/10/1684.

37 La casa de Pedro de Aguerri trabajaba con la Monarquía desde 1650. José de Aguerri (1627-1697), su hermano, marqués de Valdeolmos desde 1687, inició su andadura en 1665 y la continuaría Cristóbal de Aguerri hasta 1703. José prestó dinero para todos los frentes, salvo Milán, aquellos años. Para cubrir las necesidades de Navarra firmó asientos en 1681, 1683, 1686, 1688-1692, 1695, 1699-1700, combinándolos con préstamos para los presidios de Aragón y el ejército de Cataluña. (Sanz, 1989, pp. 378-382, 527-529).

38 AGS, GA, leg. 2685, consultas del CG, 9-14-20-27/08/1685, 4-22/02/1686, 8-27/03/1686 y 05/06/1686. AGS, GA, leg. 2687, consulta de la JPC, 26/01/1686; consulta del CG, 08/09/1686.

otras 270 plazas de algunas compañías sueltas; 576 plazas, pues<sup>39</sup>. Para mayo de 1688 Bournonville encontraba «intolerable la desnudez que padecen aquellos soldados sin apariencia de socorro», cuando el asiento con el que no se cumplía montaba 35.000 reales al mes y 1.500 raciones, y debería ser de 40.000 reales y 2.000 raciones mensuales. El asentista, además, pidió certificación de haber entregado doce mesadas de pan de munición para cubrir lo mucho que se le debía, cuando no lo había servido, claro. Es más, se había pedido al asentista que de las sobras del pan de munición entregase 40.000 reales para los hombres de Navarra. De modo que así estaban las cosas, para indignación del virrey<sup>40</sup>.

#### 4. LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS, 1689-1697

En 1689, en el momento de estallar la guerra de los Nueve Años, el virrey de Navarra disponía de apenas seiscientos o setecientos infantes –de los tercios de Eguía, Salinas y algunas compañías sueltas–, si bien cien de ellos los tenía Burguete con varios oficiales sirviendo de apoyo a los dos mil milicianos del país que vigilaban la zona. También tenía varios oficiales reclutando gente –trece capitanes y el doble de reformados–, así como treinta y un artilleros, cuando necesitaba medio centenar. Asimismo, su principal preocupación radicaba en la mejora de buena parte de la muralla de la ciudad, desde la puerta de San Nicolás hasta el molino de Caparroso, con un coste evaluado entre 110.000 a 132.000 reales. El problema más acuciante eran los 310 pies de muralla sin cubrir, cuando el Reino no hallaba el dinero suficiente para arribar a los 330.000 reales ofrecidos al rey para tal menester en las Cortes de Olite –estaban debiendo 149.000 reales–. Pero, de hecho, todavía le faltaba a la muralla «el parapeto y todas las fortificaciones convenientes», en palabras de Bournonville. En todo caso, las mesadas recibidas debían alcanzar los 40.000 reales, y no apenas 32.000, para poder cubrir adecuadamente las pagas de todo el mundo; tampoco habían llegado las 9.000 fanegas de cebada del asiento de Valdeolmos; ni los miles de granadas solicitados, ni tampoco los 2.000 quintales de pólvora demandados hacía tiempo. El Consejo de Guerra estuvo de acuerdo en aumentar la mesada a 40.000 reales y Carlos II secundó la decisión<sup>41</sup>. No obstante, en marzo de 1691 se reclamaban con urgencia 64.000 reales para las tropas que defendían Navarra<sup>42</sup>.

Ante las dificultades defensivas es posible que se encontrase una solución local. En julio de 1689, Carlos II comentó a Bournonville que cesase aquel tipo de componendas<sup>43</sup>, tras tratar su Consejo de Estado cómo desde Navarra y Guipúzcoa se había aceptado mantener el comercio con los franceses a pesar de estar en guerra, quizá una fórmula para evitar un ataque de los mismos por aquellas fronteras.

39 AGS, GA, leg. 2725, consultas del CG, 2-23/06/1687. AGS, GA, leg. 2791, consultas del CG, 07/03/1687 y 22/09/1687.

40 AGS, Estado, leg. 4136, consulta del CE, 29/05/1688.

41 AGS, GA, leg. 2791, consultas del CG, 1-11-13-29/04/1689. AGS, GA, leg. 2792, consulta del CG, 12/12/1689.

42 AGS, GA, leg. 2828, consulta del CG, 20/04/1691.

43 AGS, Estado, leg. 4137, consulta del CE, 23/07/1689.

Nuevos y apocalípticos informes de 1690 nos dan una idea de la casi nula reacción económica de la Monarquía con una guerra contra Francia en marcha. A nivel de tropas, el virrey Bournonville se quejaba de que las suyas ya habían dejado de percibir la primera mesada –a pagarse cada 45 días desde aquella primavera en los ejércitos de la Monarquía en la Península–, y, de hecho, el mismo tampoco cobraba su sueldo. En Pamplona solo quedó de servicio el tercio de don Diego de Salinas con 678 plazas, pues el de don Carlos de Eguía se envió a luchar a Cataluña<sup>44</sup>. No es de extrañar, por lo tanto, que Bournonville sugiriese realizar *in situ* dicha recluta de medio millar de hombres, vestidos con uniformes confeccionados en el territorio, por ser más fácil que hacerla en Madrid, pues solo contando con tropas suficientes era como se podían prevenir sucesos como el intento de quemar los franceses la herrería de Eugui, por estar bien custodiada se entiende; ahora eran ellos quienes querrían disponer de herrería propia en Guarimendia, y se les podría estorbar contando con más tropas, reflexionaba el virrey<sup>45</sup>.

Algunos documentos avalan una cierta mejora en la artillería y armamento presentes en Pamplona. Los 49 cañones de bronce y 42 de hierro de 1681 se habían transformado en 73 piezas de bronce montadas y 44 de hierro, pero sin montar; los cinco morteros de bronce de 1681 pasaron a ser siete de bronce y dos de hierro con 1.810 bombas. De pólvora se almacenaban 2.600 quintales y otros 1.020 de cuerda. Mosquetes quedaban 2.000, pero 600 de ellos necesitaban arreglos, aunque los arcabuces, 4.110, habían aumentado desde los poco más de 1.300 en servicio en 1681. Con todo, el duque de Bournonville solicitó 3.000 hierros para picas –así doblaría su número– y otras 4.600 armas de fuego portátiles<sup>46</sup>.

Aunque el tema más delicado de los tratados en 1691 fue la necesidad (o no) de construir en Burguete una fortificación capaz para 3.000 hombres, si bien 2.000 sería su guarnición ordinaria. Se construirían cuatro baluartes, pero con tierra y fajina, y aun así el coste se evaluó en 1.089.000 reales –uno de cinco baluartes valdría 1.210.000 reales–. Como ya se ha señalado, ante aquel despropósito económico el Consejo de Guerra usó un argumento imbatible: era preferible buscar el dinero antes para pagar a aquellos 2.000 hombres fijos de guarnición que irían a Burguete, pero, y sobre todo, no se debían hacer nuevas fortificaciones con aquellos materiales tan pobres, sino que era preferible emplear el dinero en mantener las fortificaciones ya edificadas y perfeccionarlas. De hecho, en 1691 la Monarquía había sido incapaz de cubrir el asiento de dinero y grano para los presidios de Navarra y Guipúzcoa firmado con el marqués de Valdeolmos por valor de 1.745.000 reales<sup>47</sup>.

Y en 1692 se hizo un encargo para fabricar armas y municiones. El caso es que se firmó un asiento con don José de Aldaz para la fábrica de 18.000 quintales de hierro a librar en tres años a base de granadas, balas, carcajes, palanquetas y puntas de diamante. Según la Monarquía, Aldaz cobró 16.000 reales en plata y los 88.583 reales de

44 AGS, GA, leg. 2827, consulta del CG, 19/06/1690. AGS, GA, leg. 2828, consultas del CG, 6-11/09/1690.

45 AGS, Estado, leg. 4139, consulta del CE, 13/10/1691.

46 AGS, GA, leg. 2827, consultas del CG, 12-29-31/01/1691. AGS, GA, leg. 2857, consulta del CG, 03/07/1691.

47 AGS, GA, leg. 2856, consulta del CG, 03/10/1691. AGS, GA, leg. 2914, consulta del CG, 24/01/1692.

vellón del primer plazo y se le conminó a enviar el material al castillo de Pamplona. En 1696, Aldaz, por entonces vizconde de la Armería, reclamaba los 273.529 reales que se le adeudaban de su asiento de 1692 (que tuvo un coste de 944.067 reales), o bien que se le concediera un cargo a su hermano<sup>48</sup>.

Al distribuir una paga general a las tropas de guarnición en Navarra, en octubre de 1692, se descubrió cómo servían en el castillo 363 hombres, de ellos 29 artilleros, mientras que el tercio de don Diego de Salinas había aumentado hasta los 818 hombres. La paga montó 42.584 reales de plata, cuando se necesitaban 360.000 al año. Por cierto que Don Diego se quejó del trato dado a sus hombres escribiendo desde la corte al Consejo de Guerra, cuando lo único que consiguió fue la reprimenda de este por no hallarse con sus hombres en Navarra. Aunque hubiese motivos más que suficientes para lamentarse de la situación en general. Por ejemplo, don Juan de la Carrera Acuña, capitán general de la artillería de España, indicó que las fortificaciones de Pamplona necesitaban de otro millón de reales de plata para su definitiva perfección, en su opinión era una lástima no disponer de aquella cantidad, cuando eran «cinco millones<sup>49</sup> que se han gastado en lo que está hecho, quede aquella plaza imperfecta cuando es la única defensa y antemural de los reinos de España»<sup>50</sup>.

En verano de 1694, ante las dificultades para la conducción de posibles operaciones militares por parte del virrey de Navarra, marqués de Valero (1692-1697), y del gobernador de las armas de Guipúzcoa, don García de Sarmiento, se acabaron por solicitar cuatro puestos de general de batalla, dos para Navarra y dos para Guipúzcoa, para asistir a ambos en las cuestiones de guerra. Carlos II respondió positivamente con los nombramientos de don Bernabé de Ramos y don José de Garro como generales de batalla para Navarra y Guipúzcoa, respectivamente<sup>51</sup>.

En el caso de Navarra, terminaron por arribar tanto la pólvora como las granadas solicitadas meses atrás –200 quintales y 6.000 granadas–, así como dos bombarderos para hacerse cargo de su manipulación, pero se debían enviar 4.000 fusiles desde la fábrica de Plasencia<sup>52</sup> y no habían llegado, y se recordaba el débito de 460.000 reales para con los hombres de aquella guarnición<sup>53</sup>. Por otro lado, el virrey Valero remitió

48 AGS, GA, leg. 2887, consulta del CG, 26/09/1692. AGS, GA, leg. 3012, consulta del CG, 3/01/1696.

49 Según otros cálculos bien pudieron ser 7.700.000 reales (Echarri y Yáñez, 2016, p. 119, n. 105).

50 AGS, GA, leg. 2887, consultas del CG, 10-20/10/1692. AGS, GA, leg. 2915, consultas del CG, 9-11/02/1693. AGS, GA, leg. 2914, consultas del CG, 18-31/03/1693.

51 AGS, Estado, leg. 4142, consultas del CE, 7-8/08/1694.

52 Años atrás, en 1682, a la fábrica de armas de Plasencia se le adeuda 1.688.530 reales y se solicitó el pago de al menos la mitad de dicha cantidad, porque los responsables de la misma también debían dinero a sus proveedores y si no se les devengaba aquellas cantidades no tendrían material ni trabajadores para ponerla en marcha. La promesa de cobrar, al menos, 500.000 reales se fue al garete al poco tiempo. AGS, GA, leg. 2544, consulta del CG, 11/03/1682. AGS, GA, leg. 2545, consulta del CG, 10/07/1682. Y en 1696, la fábrica de Plasencia estaba empeñada en 2.000.000 reales. Ya en 1695 se dio orden de librársele 300.000 o 400.000 reales, pero no se cumplió. Don Domingo Ignacio de Zavala, superintendente de la fábrica, llevaba quince meses en la Corte solicitando el pago y no lo consiguió. AGS, GA, leg. 3013, consulta del CG, 16/04/1696.

53 AGS, GA, leg. 2949, consulta de la Junta de Tenientes Generales, 27/11/1694.



a la corte al sargento general de batalla, Cruzat y Góngora, con su parecer sobre la defensa de aquella frontera. Según Valero, se necesitaba disponer de medio millar de caballos ligeros alojados en La Rioja para acudir a la primera llamada desde la frontera; de los veintisiete cañones de bronce montados de Pamplona se debería pasar a medio centenar, si bien montados en unas cureñas bastardas llamadas pastecas –unas garruchas herradas montadas en una caja con aberturas para que pasasen los cabos–, que «son más útiles para las plazas y de menos coste». Por la disposición de la plaza de Pamplona, que podía ser bombardeada desde varias posiciones cubiertas, se necesitaba disponer de hasta veinte morteros más de tiro parabólico de calibre 60 libras de bala. Por otro lado, Valero notificaba que el modelo sería el mismo que el de los doce morteros fundidos a la moderna por el virrey duque de Escalona y marqués de Villena (1691-1692) aquellos años. Pero muy interesante fue la siguiente consideración: en el lugar de Bordas de Advide, donde antes apenas había unas cabañas, «[h]oy es lugar formado por iglesia, molino y casas de piedra», situado a apenas cuatro leguas y media de Pamplona, a partir del cual los franceses no habían hecho sino ganar terreno a costa de la Monarquía, sin temor a incumplir las capitulaciones fronterizas de 1615; por ello, Valero proponía su demolición por capitulaciones firmadas en las siguientes paces que se firmasen con Luis XIV<sup>54</sup>.

El Consejo de Guerra, siendo consciente de que los franceses habían movido tropas y llenado almacenes en San Juan Pie de Puerto, deliberó el envío a Navarra del último tercio levado en Galicia para Flandes, según propuso el conde de Frigiliana, si bien Cataluña estaba descubierta y no había que descuidarla tampoco. Eso no quitaba la necesidad de poner al menos vituallas para dos meses en los almacenes de Pamplona, así como los 60.000 reales prometidos tiempo atrás para el montaje de la artillería, y otros 64.000 reales para las obras más urgentes en las fortificaciones. Caballería era difícil disponerla para Navarra cuando no la había para el Principado catalán. Frigiliana terminaba su elocución en el Consejo de Guerra recordando que más que la potencia de Francia, la principal causa de los males de la Monarquía era su propia debilidad, «pidiendo la justicia, la religión y la razón morir con el consuelo de los remedios». El conde de Montijo realizó una crítica muy poco velada a la nueva situación política, con el reparto de territorios entre los Tenientes Generales como trasfondo, pues aseguraba no estar informado el Consejo de los medios de guerra enviados a Cataluña aquella campaña, pues las restantes fronteras pirenaicas dependían notablemente de dicha circunstancia. Otros consejeros, como el marqués de Villagarcía, insistieron en que se les dijera cuál sería la contribución de Navarra a su propia defensa dado que el peligro parecía tan inminente, mientras que don Francisco de Angulo se decantó por quitarle hierro al asunto: Francia siempre mudaba sus guarniciones de Bayona y San Juan Pie de Puerto al inicio de cada campaña para introducir bisoños y renovaba vituallas y municiones en sus almacenes. Y eso no indicaba que fuese a lanzar ninguna ofensiva por aquellas partes. Carlos II hizo suyo el discurso de Frigiliana y adelantó que de las fuerzas sitas en Cataluña se podrían destinar tropas en caso de apuro para Navarra<sup>55</sup>.

54 AGS, GA, leg. 2948, consulta del CG, 09/08/1694.

55 AGS, GA, leg. 2949, consultas de la Junta de Tenientes Generales, 23-27/11/1694 y consulta del CG, 29/11/1694.

En realidad, había sido el fallido ataque inglés contra Brest en junio de 1694 el que había obligado a los franceses a enviar refuerzos a todo el litoral sur por si se repetía dicho ataque. Así, Bayona, San Juan de Luz y Hendaya fueron reforzadas causando la alarma al otro lado de la frontera por si Francia lanzaba un ataque para mejorar su posición defensiva en el Bidasoa. Ante la presencia de la armada aliada en la costa gala del País Vasco, los franceses trasladaron desde Bayona a San Juan de Luz treinta y dos piezas artilleras de bronce del calibre 12 con munición suficiente, donde además cavaron trincheras. En Dax tenían seis mil infantes y cuatro mil caballos, y a Hendaya no solo enviaron pertrechos de guerra, sino que doblaron el número de morteros disponibles, pasando de cuatro a ocho, según informaciones recopiladas por el Consejo de Estado. También llegaron noticias de la arribada del almirante Russell con treinta y seis navíos de línea y cuarenta y cinco de carga, así como doce galeotas de bombas a la altura de Brest. Se intentó un desembarco para atacar una batería que cubría dicho puerto, pero fueron rechazados perdiendo los ingleses un navío de treinta y seis piezas, quedó maltratada la Almiranta, atraparon los franceses siete chalupas y les hicieron medio millar de muertos<sup>56</sup>. Un pequeño desastre.

Mientras, en Navarra, los franceses habían construido en la frontera más de dos mil bordas, o pequeños albergues para pastores y sus ganados, apropiándose de hasta cuatro leguas de territorio en la frontera, en los montes de Alduide; el marqués de Valero, se propuso quemarlas llevando milicias de la tierra y mil hombres de la guarnición de Pamplona, quedando otros tantos en ella, así como las milicias de la tierra para su resguardo en número de otros cuatro mil hombres. El Consejo de Estado aceptó el plan de Valero, que lo llevó a buen término sin problemas, aunque lamentó este el que no le dejaran atacar San Juan Pie de Puerto, pues se hallaba con apenas un centenar de hombres de guarnición. No obstante el éxito, los diputados navarros recelaban mucho más cualquier acción de desquite de Francia que el celebrar aquella recuperación de territorio usurpado por el enemigo. El Consejo propuso el envío de noventa y seis mil reales para pagar las milicias de navarras y mantenerlas un tiempo más con las armas en las manos en su frontera<sup>57</sup>.

Pero las cosas se truncaron en invierno de 1695 a 1696. Llegaron noticias acerca del tercio gallego de don José Cosío que, por falta de asistencias, se hallaba en muy mal estado, con su gente prácticamente abandonada, quienes se habían visto reducidos «a pedir limosna en las porterías de los conventos, y de puerta en puerta de los vecinos de la ciudad». El marqués de Valero gastó para mantenerlos los 41.216 reales que se remitieron para su traslado a Cataluña y otras cantidades conseguidas a crédito. Explicaba Valero que la miseria de los hombres llegó al extremo de asaltar la tropa «la plaza donde se venden las vituallas y se arrojó con intrepidez a saquear a los panaderos, frutereros y otras personas que vendían diferentes géneros comestibles [...]», mientras otros soldados abordaban los hornos, creándose una situación muy complicada de alboroto grave. Valero decidió que se le dieran dos panes a cada hombre por día y solicitó dinero

56 González (1995, p. 244). AGS, Estado, leg. 4142, informe de Jorge de Monreal al duque de Montalto, Pamplona, 01/07/1694.

57 AGS, Estado, leg. 4143, consultas del CE, 5-23/05/1695.

para enviar cuanto antes aquella gente a Cataluña, o bien a Ceuta, como dispuso el Consejo de Guerra. Aunque Carlos II decidió que si no había dinero para mantenerlos se excusase su envío a Cataluña<sup>58</sup>.

Poco más de un año más tarde, en abril de 1697, eran los integrantes de un tercio extremeño de milicias quienes fueron enviados a servir a Navarra, pero el problema grave era la falta de dinero desde el último envío del asentista Valdeolmos, apenas 16.000 reales de plata. Cuando a cuatro compañías de dragones se les debieron once pagas, tres de ellas se refugiaron en la Catedral, circunstancia que obligó al tercio Salinas a tomar las armas ante el conato de motín, pero todo se sosegó al regresar los dragones a sus cuarteles. Valdeolmos contestó que desde enero de aquel año había enviado a Navarra 90.864 reales, y medio millar de uniformes por valor de 50.564 reales. Se estimaba desde el Consejo de Guerra que Valdeolmos debía remitir nada menos que 264.896 reales para cumplir con la consignación de 405.624 reales que había firmado. Incluso en marzo de 1698, el nuevo virrey, marqués de Conflans, hubo de vender un sobrante de pan de munición –había habido un precedente en 1691, cuando el virrey despachó 6.384 fanegas de trigo a nueve reales la fanega a particulares– para dar un tercio de paga a la gente del presidio de Navarra. Hasta tal extremo se había llegado<sup>59</sup>.

Una vez finalizada la guerra de los Nueve Años, la tensión se mantuvo en el ambiente a causa de los movimientos de tropas en la frontera ante el posible deceso de Carlos II. Sobre todo por las noticias que se seguían recibiendo. Un apocalíptico sargento general de batalla Cruzat, por entonces marqués de Góngora y castellano de Pamplona, lamentaba en 1699 no solo la ausencia de 2.000 hombres de los tercios, sino de hasta 4.000, habida cuenta de la indefensión de una plaza como aquella, en la que la falta de centinelas –solo había tres compañías para guardar seis puertas– había hecho que hasta el ganado mayor cuando «anda sobre ellos [los parapetos y troneras] los des[h]ace y arruina por no tener gente» que cuidase de evitarlo. Cruzat se remontó a las invasiones de 1512 y 1520, cuando el señor de Albret alcanzó Logroño con artillería, para intentar demostrar la necesidad de recibir ayuda. Para terminar de arreglar las cosas, Cruzat encargó al maestre de campo e ingeniero, don Diego Luis Arias, un informe sobre las obras realizadas en las defensas de Pamplona en los últimos cinco años. La información reveló cómo tras el traslado al virreinato catalán del duque de Escalona y marqués de Villena, virrey de Navarra entre 1691 y 1692, y la muerte del ingeniero don Esteban Escudero, que había delineado importantes cambios<sup>60</sup>, su sustituto, Hércules Torelli, no había atendido a tales obras como era necesario y había alterado y echado a perder «lo

58 AGS, GA, leg. 3012, consulta del CG, 27/02/1696.

59 AGS, GA, leg. 3045, consulta del CG, 17/05/1697. AGS, GA, leg. 3073, consulta del CG, 26/03/1698. Según las cuentas de José de Saraburu, tenedor de bastimentos de los presidios de Navarra, de 1691 a 1701 se repararon 184.059 fanegas de trigo (a 8 reales la fanega), 72.825 fanegas de cebada y 284.515 fanegas de paja. AGS, Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 3.ª época, leg. 3058/5, cuentas de José de Saraburu, 08/04/1691 a 31/12/1705.

60 Proyecto Escudero dos contraguardias delante de los revellines de San Francisco Javier y San Saturnino en la ciudadela. Aumentó los flancos altos de los baluartes de la misma y su altura, al tiempo que se acrecentaba el número de troneras. Otras dos contraguardias deberían ser construidas delante de los baluartes de Gonzaga y Labrit, siempre buscando hacer economías (Echarri, 2011, p. 65).

que con tanto acierto estaba comenzado», dejando, por ejemplo, todos los parapetos descubiertos y enfilados desde la campaña, de tal manera que quienes los defendiesen serían fácilmente abatidos por el enemigo. Había sustituido parapetos por troneras mal ubicadas, y estas tenían tanta escarpa que apenas si servirían como tales. También aseguraba Arias la inutilidad manifiesta de unos almacenes trazados por Torelli<sup>61</sup>, con un coste cercano a los 160.000 reales<sup>62</sup>, que podían ser batidos por el enemigo con su artillería dada su ubicación dentro del castillo de Pamplona. Arias lanzó una acusación más: no solo había habido un desfaldo en aquellas obras de 22.000 reales, sino que, lo peor, «esta plasa está al presente yncapas de defensa, salvo el castillo»<sup>63</sup>.

Además de tales críticas, lo cierto es que los presidios de Navarra y Guipúzcoa necesitaban de 640.000 reales para poder aguantar hasta el verano de aquel año, 1699, y ello implicaba presionar al asentista Valdeolmos porque faltaban ocho mesadas por cubrir de su asiento, firmado en 1697, que montaba 1.344.000 reales<sup>64</sup>. Mientras, Carlos II concedía 22.000 reales de pensión perpetua en Pamplona para los gastos del hospital real. También solicitaba el virrey de Navarra, marqués de San Vicente (1699-1702), hasta trescientos uniformes por tener a su gente vestida con harapos. Como solo quedaban 436 plazas<sup>65</sup> en total de guarnición en Pamplona y faltaban otras 314 para llegar a su número óptimo, fijado en 750 efectivos, el Consejo de Guerra propuso el envío de otras cuatrocientas plazas de recluta. Tampoco estaban mejor en Fuenterrabía, donde se pagaban 307 plazas, de ellas quince de mujeres y desterrados, o en San Sebastián, donde habían quedado 254 plazas. En realidad, la situación era escandalosa, pues hombres de servicio quedaban en Fuenterrabía 46 y en San Sebastián 64. En cambio, Francia enviaba mucho trigo y municiones a Hendaya, y en Bayona tenían de 3.000 a 4.000 hombres, según informes de don Enrique Enríquez y de don Lucas de Laporta, gobernador de Fuenterrabía. Este último aseguraba que sus hombres se habían fugado a causa «de las cortas asistencias por haber cerca de dos años que no ha recibido un maravedí, sin tener más alimento que el pan de munición, y éste me reçelo llegue a faltar [...]»<sup>66</sup>. Es decir, experiencias ya vividas

61 Torelli diseñó almacenes y un polvorín a prueba de bomba para la ciudadela. Además, propuso construir un baluarte bajo para proteger el bastión del Redín, iniciar otro baluarte de semejantes características delante del bastión del Abrevador para defender aquella posible vía de escape. De nuevo, este otro ingeniero se adelantó a propuestas posteriores realizadas por P. Verboom. También propuso Torelli edificar un hornabeque delante del revellín de San Saturnino, en la ciudadela (Echarri, 2011, p. 66).

62 Esa cifra es una clara exageración, pues en los años de virreinato del duque de Bournonville, 1686-1691, se adjudicó un presupuesto de 171.567 reales para arreglos en las defensas de Pamplona. AGS, GA, leg. 3131-1, marqués de San Vicente a Carlos II, Pamplona, 07/05/1699.

63 AGS, GA, leg. 3131, marqués de Góngora al marqués de San Vicente, virrey de Navarra, Pamplona, 18/02/1699, que incluye el informe del ingeniero Arias del 12/01/1699. En mayo de 1699 Arias concluyó un baluarte en San Sebastián. AGS, GA, leg. 3131-1, marqués de San Vicente, virrey de Navarra, a J. Pérez de la Puente, Pamplona, 07/05/1699.

64 Valdeolmos se defendía aduciendo que a él se le adeudaban 612.712 reales y por ello se negaba a enviar recursos a Navarra. AGS, GA, leg. 3099, consulta del CG, 22/04/1699.

65 En concreto, eran 28 artilleros, 313 soldados, 48 reformados y aventajados, y 47 oficiales vivos. AGS, GA, leg. 3131-1, duque de San Vicente a Carlos II, Pamplona, 11/06/1699.

66 AGS, GA, leg. 3099, consultas del CG, 09/02/1699, 06/03/1699 y 15-22/04/1699. AGS, GA, leg. 3100, consulta del CG, 20/05/1699. AGS, GA, leg. 3131-1, marqués de San Vicente a Carlos II, 14/05/1699; «Resumen de algunas cartas de señor don Enrique Enríquez», 1699; Lucas de Laporta, gobernador de Fuenterrabía, a J. de

que se repetían una y otra vez. En 1700 ya se hablaba de 5.000 hombres en Bayona y se esperaban otros 20.000 para invadir Guipúzcoa, cuando en Fuenterrabía apenas quedaban medio centenar de soldados «en un total abandono, sin bastimentos ni municiones», según la documentación de la provincia consultada por Alfonso González. En noviembre de 1700, la provincia pagó por un mes un contingente de 400 hombres para guarnicionar Fuenterrabía. En 1702, el ataque aliado, finalmente sobre Vigo, evitó otro posible sobre los puertos hispanos del Cantábrico (González, 1995, pp. 244-247 y n. 811).

En octubre de 1699, el marqués de San Vicente, quien haciendo malabarismos había conseguido reclutar ciento cincuenta hombres para el presidio de Pamplona aquellos meses, se quejaba de que, al haber librado apenas dos mesadas y media de las ocho anuales el marqués de Valdeolmos, muchas de aquellas tropas habían huido: «se ha vuelto a disminuir la gente de género que han desertado los más hasta los tambores, y los que van quedando son solo aquellos que por hallarse con grillos de casados se ven precisados a vivir en esta miseria [...]». Un año más tarde, cuando Carlos II estaba expirando, San Vicente volvía a reclamar la construcción de fortificaciones en Roncesvalles y Burguete. Otra vieja cantinela<sup>67</sup>.

Con todo, si lo comparamos con otros presidios<sup>68</sup>, Navarra se puede considerar suficientemente armado. Al poner en relación el armamento en servicio en 1681 y en 1699 observamos cómo las 96 artillerías de todo tipo de inicios de la década de 1680 habían pasado a ser 123, la mayoría de bronce, y aun se reclamaban otras 23 piezas, también de bronce. Las existencias de arcabuces habían pasado de 1.169 a 3.425, mientras que las de mosquetes de 1.319 a 1.929. Pero lo más interesante fue el avance tecnológico en el armamento detectado: en 1699, además, se hallaban presentes en la armería de Pamplona 3.500 fusiles y 4.000 bayonetas<sup>69</sup>. Es decir, el nuevo armamento que fue llegando a los diversos ejércitos europeos desde las décadas de 1670 y 1680, y en el caso hispano a partir de 1690, a lo que parece<sup>70</sup>. En cambio, seguía faltando

la Puente, 2/I/1699. Según Echarri, el enfrentamiento de Torelli con Luis Arias y otros ingenieros que habían trabajado con Escudero, como Marcos Pastor y Dionisio de Salazar, acabaron con la destitución del ingeniero de origen italiano en 1699 (Echarri, 2007, pp. 57-75).

67 AGS, GA, leg. 3131-1, San Vicente a Carlos II, Pamplona, 15/10/1699. AHN, Estado, leg. 702-2, consultas del CE, 12/10/1700 y 2-4-20/11/1700.

68 En un informe de 1674 sobre el armamento de las fronteras de Castilla se afirmaba la necesidad de proveer 8.163 mosquetes y 7.670 arcabuces. AGS, GA, leg. 2301, consulta del CG, 13/05/1674. En 1692, solo la ciudad de Alicante precisaba de 2.000 mosquetes y un millar de arcabuces. ACA, CA, leg. 556, virrey de Valencia, Castel Rodrigo, a Carlos II, 04/03/1692 y consulta del CA, 14/03/1692.

69 Los fusiles fueron encargados en 1694, pero a fines de ese año aún no habían llegado. Todo indica, pues, que para 1699 sí lo habían hecho. AGS, GA, leg. 2949, consulta de la Junta de Tenientes Generales, 23/11/1694.

70 El virrey de Cataluña, duque de Villahermosa, encargó la fabricación de trescientos fusiles en Ripoll en 1690. Biblioteca Nacional, ms. 2403, duque de Villahermosa a Carlos II, 10/02/1690. Los fusiles comenzaron a llegar a Gibraltar (medio millar) o a Málaga (1.189), desde donde se solían enviar a Melilla, en 1691. AGS, GA, leg. 2857, consulta del CG, 31/08/1691. O a Ceuta, donde había 121 en 1692. AGS, GA, leg. 2887, consultas del CG, 24/09/1692 y 06/10/1692. Solo en 1698 don Salvador de Monforte, del Consejo de Estado, informaría sobre la necesidad de rearmar las tropas del ejército de Cataluña con fusiles y bayonetas. AGS, Estado, leg. 4148, informe de S. de Monforte, 25/02/1698 y consulta del CE, 12/04/1698.

pólvora (4.000 quintales en 1681, 3.650 en 1699) y cuerda (4.000 quintales en 1681, 2.240 en 1699)<sup>71</sup>.

Asimismo, un análisis de los ingresos y gastos en la pagaduría de la gente de guerra de Navarra entre 1664 y 1699 nos permite hablar de una ligera mejoría en la segunda parte del reinado de Carlos II y, sobre todo, una mejor situación con respecto a otras fronteras.

**Tabla 1. Ingresos comparados de las pagadurías de Navarra, Guipúzcoa, Gibraltar, Galicia, Extremadura, en maravedíes de plata de media anual, 1664-1699.**

Lugar/años	Ingresos
Navarra, 1664-1670	15.049.033
Navarra, 1677-1681	7.733.695
Navarra, 1687-1695	13.449.818
Navarra, 1696-1699	11.914.964
Guipúzcoa, 1687-1698	6.557.768
Gibraltar, 1681-1693	9.101.083
Galicia, 1691-1695	7.301.263
Extremadura, 1681-1685	7.293.488

**Fuentes:** AGS, CMC, 3ª época, leg. 2876/3, Sebastián de Oleaga, pagador de las gentes de guerra de Navarra, 1661-1671. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2840/1, Sebastián de Oleaga, pagador de las gentes de guerra de Navarra, 01/01/1674 a 11/1681. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2679/1, Juan de Echalar, pagador de los presidios de Navarra, 01/01/1687 a 05/01/1696. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2004/9, Miguel de Aldecoa, pagador de los presidios de Navarra, 14/04/1696 a 31/12/1699. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2337, Cuentas de Juan Díaz Zamorano, pagador de los presidios de Guipúzcoa, 1687-1698. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2750/4, Rafael Giner, pagador de Gibraltar, 01/01/1681 a 31/12/1684. AGS, CMC, 3ª época, leg. 1940/19, cuentas de Rafael Giner, pagador del presidio de Gibraltar, 01/01/1685 a 31/12/1688. AGS, CMC, 3ª época, leg. 1905/8. Rafael Giner, pagador del presidio y muelle de Gibraltar, 01/01/1689 a 08/07/1690. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2894/1, Agustín de Rueda, pagador del presidio y muelle de Gibraltar, 09/07/1690 a 31/12/1693. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2549/22, Antonio del Río, pagador de la gente de guerra y presidios de Galicia, 23/11/1690 a 31/12/1695. AGS, CMC, 3ª época, leg. 2891/2, Alonso de Andrade, pagador de la gente de guerra de Extremadura, 01/01/1681 a 31/12/1685. Elaboración propia.

71 AGS, GA, leg. 2510, consultas del CG, 25/01/1681 y 14/08/1681. AGS, GA, leg. 3131-1, «Relación de la artillería [...]», Pamplona, 10/01/1699 y carta del marqués de Góngora al marqués de Leganés, 15/01/1699. En 1699, además, se hallaban presentes en la armería de Pamplona 327 carabinas, 300 pinzotes de muralla y 152 mosquetones. También 99.000 granadas, de ellas 12.000 cargadas.

## 5. CONCLUSIONES

Comparada con la de otras fronteras de la Monarquía de Carlos II, no parece que la situación defensiva de la navarra fuese de las peores. Al menos así se desprende de algunos datos aportados en este trabajo. Pero no nos podemos dejar engañar: en todo caso eran las circunstancias de miseria galopante padecidas en otras demarcaciones las que nos permiten percibir de manera mucho más optimista las vividas en territorio navarro.

Sin duda, hemos podido demostrar cómo las carencias defensivas de la frontera del Reino fueron difíciles de mejorar en el transcurso del reinado de Carlos II. Hacia 1665, en los años del virreinato del duque de San Germán, se reclamaron 300.000 reales para finalizar algunas obras de las fortificaciones de Pamplona, además de ser necesario renovar la artillería, pertrechos, municiones y sus guarniciones. A la altura de 1667, por ejemplo, a las tropas de guarnición solo se les habían devengado cinco pagas en los últimos tres años. Así, no era de extrañar una existencia miserable, oportunamente denunciada por el virrey de turno. Para 1673, un informe señalaba la necesidad de emplearse otros 696.130 reales de plata para la mejora y perfeccionamiento de las fortificaciones navarras, cuando la Monarquía ni siquiera era capaz de enviar la consignación anual, 360.000 reales de plata, de su guarnición.

Lo único que abundaron fueron las promesas. Al virrey, príncipe de Parma, apenas se le enviaron 64.000 de los 200.000 reales apalabrados. A su sucesor, conde de Fuen-salida, se le acabó por reducir la asignación anual de 360.000 reales a apenas 120.000, a percibir además en cuatro pagas, a causa sin duda de la guerra abierta que se padecía en otros teatros de operaciones en la década de 1670. Lo peor es que a las tropas que servían en Navarra hacía catorce meses que no se les devengaba nada (en 1677). La respuesta de la Monarquía Hispánica solía ser un cambio de asentista, que en el caso navarro sirvió de bien poco, pues en 1679 Ventura Donis no remitió los 128.000 reales asignados y en 1680, aunque se garantizase el envío, en diversas partidas, de hasta 256.000 reales, apenas si se remitieron 96.000 efectivos.

En cuanto a poder cubrir las necesidades armamentísticas del Reino, con pedidos importantes efectuados en 1677, en plena guerra de Holanda, todo apunta que se tardó veinte años en conseguir satisfacerlos, como se ha apuntado. Pues a finales del reinado de Carlos II, en 1699, el arsenal almacenado en Pamplona parece bastante mejor cuidado que otros muchos de la Monarquía, lo que tampoco quiere decir demasiado.

Solo desde la década de 1680, y en buena medida merced al propio dinero aportado por el Reino, los diversos virreyes pudieron sacar adelante sus intentos de mejora. Sin ir más lejos, en 1684, tras realizarse nuevos informes acerca de las insuficiencias estructurales defensivas de las fortificaciones de Pamplona, el reino estuvo dispuesto a emplear un donativo de 264.000 reales de plata en algunas de dichas mejoras. Mientras, los nuevos asientos firmados con Ventura Donis y José de Aguerri (marqués de Valdeolmos) a partir de 1685 apenas si funcionaron. Pero esas soluciones se fueron estancando ya

Tabla 2. Las deficiencias defensivas en Navarra, 1665-1700

Elemento (año)	Presente/ en existencia	Demanda/solicitud/ necesario	Arribado (año)
Guarnición (1665)	155 hombres	750 hombres/3.000 en caso de sitio	
Asiento de dinero (1665)		360.000 reales de vellón	80.000 reales de vellón
Fortificaciones (1665)		300.000 reales de plata	
Asiento de dinero (1666)		360.000 reales de vellón	252.400 reales de vellón (1667)
Guarnición (1673)	225 hombres	750 hombres/3.000 en caso de sitio	
Fortificaciones (1673)		696.130 reales de plata	439.700 reales de plata (1665-1673)
Armas de fuego (1673)	1.600 unidades	4.000 unidades	
Pólvora (1673)		8.000 quintales	4.000 quintales (1681); 3.650 quintales (1699)
Compra de municiones, armas y arreglos diversos (1673)		50.970 reales de plata	0 reales
Leva (1673, 1675)		110.000 reales de plata	0 reales
Gastos diversos, atrasos (1674)		240.000 reales de plata	64.000 reales (1676)
Asiento de dinero (1677)		360.000 reales de vellón	120.000 reales de vellón
Reparos fortificaciones (1677)		66.000 reales de plata	0 reales
Asiento de dinero (1679)		128.000 reales de vellón	0 reales
Asiento de dinero (1680)		256.000 reales de vellón	96.000 reales de vellón
Montaje de la artillería, 106 piezas (1682)		173.840 reales de plata	117 piezas (1691)
Compra de armas (1682)		651.160 reales de plata	0 reales
Guarnición (1681)	419 hombres	750 hombres/3.000 en caso de sitio	
Artilleros (1681)	16 efectivos	52 efectivos	
Fortificaciones (1683)		559.900 reales de plata	0 reales
Artillería de bronce, 6 piezas (1684)		110.000 reales de plata	27.000 reales de plata
Guarnición (1687)	576 plazas	750 hombres/3.000 en caso de sitio	
Fortificaciones (1689)		132.000 reales de plata	0 reales
Fábrica de armas (1692)		944.067 reales de plata	670.538 reales de plata
Asiento de dinero (1692)		360.000 reales de vellón	42,584 reales de plata
Morteros (1691-1692)	12	20 de 60 libras de bala	
Asiento de dinero (1697)		405.624 reales de vellón	264.896 reales de vellón
Guarnición (1699)	436 hombres	750 hombres/3.000 en caso de sitio	
Artillería (1699)	123 piezas	23 piezas	

Fuentes: véanse las notas del artículo. Elaboración propia.



a inicios de la década de 1690, en plena guerra de los Nueve Años, cuando al Reino le costó encontrar caudales para terminar de cerrar los 310 pies de muralla que seguían sin edificar en Pamplona.

Teniendo en cuenta dichos detalles, no deja de ser curioso los planes que se hacían para construir una fortificación en Burguete, con un coste mínimo ligeramente superior al millón de reales de plata, cuando la Monarquía ni siquiera pudo cubrir en 1691 el nuevo asiento firmado con el marqués de Valdeolmos para los presidios de Navarra y Guipúzcoa. De hecho, en 1693 se reclamó ese millón de reales para las defensas de la propia Pamplona. Y en 1694 se les debían 460.000 reales en pagas atrasadas a las tropas que defendían el Reino. El tercio gallego Cosío, en tránsito hacia Cataluña, padeció la miseria extrema en Navarra el invierno de 1695 a 1696. Y las circunstancias no mejoraron hasta el final del conflicto en 1697. De hecho, el nuevo asiento firmado por el marqués de Valdeolmos ese mismo año no pareció que funcionase del todo bien en 1699, cuando ya se había retrasado en ocho mesadas. Por otro lado, diversas acusaciones sobre las obras efectuadas en Pamplona desde 1691-1692 enturbiaron aún más el ambiente.

En definitiva, si bien llegaron más armas a Navarra que a otros lugares como se ha mencionado, en los años finales del reinado de Carlos II no se pudo mantener una guarnición de tropas en su número competente como para garantizar la defensa, de ahí que dicha frontera, como los restantes territorios de la Monarquía, poco o nada hubiera podido hacer ante la amenaza, siempre presente, de una invasión francesa.

En la tabla-resumen de la página anterior nos hacemos eco de muchas de las deficiencias padecidas por la frontera navarra en tiempos de Carlos II.

## 6. LISTA DE REFERENCIAS

- Echarri, V. (2007). Génesis y evolución del recinto amurallado de Pamplona a partir del siglo XVI. En VV. AA., *Congreso Internacional Ciudades amuralladas* (pp. 57-75). Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Echarri, V. (2011). Estrategias defensivas de Pamplona a partir del Renacimiento. En VV. AA., *Fortificaciones de Pamplona. Pasado, presente y futuro* (pp. 41-79). Pamplona: Ayuntamiento.
- Echarri, V. & Yáñez, R. T. (2016). Bastión y ciudad: los proyectos para las fortificaciones de Fuenterrabía a finales del siglo XVI. *Tiempos Modernos*, 32-1, 88-124.
- Espino, A. (2007). *Guerra, fisco y fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*. Valencia: PUV.
- González, A. F. (1995). *Instituciones y sociedad guipuzcoanas en los comienzos del centralismo (1680-1730)* (pp. 235-247). Zarautz: Diputación provincial.
- Jarque, E. & Salas, J. A. (2004). Oligarquías locales y poder real en Aragón en la segunda mitad del Seiscientos. En F. J. Aranda Pérez (coord.), *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII* (pp. 695-705). Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha.

- Martinena, J. J. (2011). Las murallas de Pamplona. Cuatro siglos de historia de la fortificación. En VV. AA., *Fortificaciones de Pamplona. Pasado, presente y futuro* (pp. 11-17). Pamplona: Ayuntamiento.
- Rodríguez Garraza, R. (2007). Los intentos de extensión en Navarra del servicio militar (siglo XVII). *Iura Vasconiae*, 4, 367-387.
- Ruiz Ibáñez, J. J. (ed.). (2009). *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías ibéricas*. Madrid: FCE.
- Sanz Ayán, C. (1989). *Los banqueros de Carlos II*. Valladolid: Universidad.
- Usunáriz Garayoa, J. M. (2007). Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII. *Iura Vasconiae*, 4, 285-325.